

Por fuera y dentro háme envuelto en nostalgias y anhelos el crepúsculo tristemente encantador de esta tarde de otoño incomparable...

10 de octubre—En el Vaudeville, á ver "La Provinciale" de Giacosa, arreglada á la escena francesa por Paul Alexis.

Magnífica, la primera impresión; y, sin embargo, dudo que la pieza, á pesar de sus grandes efectos dramáticos, resista á un análisis levantado.

En un café medio italiano, ubicado atrás de la Opera, conozco á Eusebio Blasco, quien dispénsame afectuosa acogida luego de que á él me presenta Gustavo Baz. Díceme Blasco que el General Riva Palacio le ha hablado de mí, en Madrid; y no sé por qué su dicho se me figura más galantería que verdad. Promete mostrarme las oficinas de "Le Figaro," donde es él, actualmente, uno de los principales redactores; prométeme una visita; prométeme escribir en mi álbum....

11 de octubre—Entregué á Blasco mi álbum y me citó para mañana.

En Varietés, á oírle "Mme. Satan" á Baron y á la Granier.

12 de octubre—Un desengaño! Fui esta noche al célebre "CHAT NOIR," y en vez de lo que nos hablan la tradición y la leyenda, aquel medio espiritual y delicioso donde bohemios de talento,—de genio, en ocasiones...—derramaban su aticismo durante tres horas consecutivas, me encontré con un sucesor ó heredero que no vale gran cosa... Los cantos, obscenos ó tontos; la asistencia,

dudosa... Aceptable, en música, una especie de oratorio delicado, que se intitula: "La Marche á l'Etoile," con letra de poeta de veras, y decoraciones de sombra, al trasluz (especialidad de la casa); en canto, una romanza de honda ternura bien hallada; una madre arrulla á su hijo y lo amenaza, si no se duerme pronto, con embarcarlo en cierto *petit navire* medroso y fantástico.... pasan los años, el niño es hombre y marinero... por las noches, él, en el mar, y ella, en la casa humilde, cada cual entona al dormirse la canción del *petit navire*... y el *petit navire* medroso, de veras se lleva al hijo, al fondo del océano, en una borrasca...

Lo restante, abominable; indigno de la reputación del sitio y de la capital del pueblo "más espiritual de la tierra."

13 de octubre—En el Palais-Royal, á ver la "Nounou" de Hennequin. Un horror, y cuenta que Hennequin no es el primer venido.

15 de octubre—Blasco, como buen godo, no ha cumplido nada de lo que me prometió. Ni me ha visitado, ni me mostró "Le Figaro," ni me había devuelto mi álbum, hasta hoy.

Por suerte, al devolvérmelo está en buen momento de locuacidad y de humor, y excúsase, echando la culpa de sus informalidades á flaquezas étnicas y al arribo inminente de la escuadra rusa que ha sorbido aquí el seso á todo bicho viviente y que trae revueltos á los periodistas. Blasco se declara por la paz; atribuye á los próximos huéspedes eslavos una porción de virtudes, principalmente, la realización del desarme....

Me despido,—nos hallábase en el Salón de Visitas del poderoso diario, salón que como todo el edificio, es un portento de lujo, decorado y confort,

—no por las utopías que soltaba don Eusebio, sino porque llegó á hablarle una madama de rico pergeño.

En la misma escalera marmórea, por alborozo justificado, leí su autógrafo, que dice:

“¡Oh, Méjico! á quien debí
“una afección tan sincera,
“el día en que yo me muera
“acuérdate bien de mí!

Eusebio Blasco

“París: 12 de octubre de 1893.

“Día de la Virgen del Pilar de Zaragoza y del
“descubrimiento de América.”

16 de Octubre—En Clany, á ver “Boubouroche,” pieza pseudo-naturalista, de la escuela moderna... ¡Pobre “naturalismo”! por qué calvario lo hacen caminar sus enemigos y sus amigos exagerados, es decir, los que no lo entienden y los que lo calumnian.

La pieza, es un mamarracho soberano, de tirar los cojines al escenario.

17 de octubre—Llegaron hoy los marinos rusos.

París, de gala, colgado de banderas, flámulas, gallardetes, coronas y flores. Los parisienses, en el colmo del frenesí.

Según opinión de viejos residentes lutecianos, ni cuando los esplendores de Napoleón III, ni cuando la Exposición última, nunca ha ofrecido París aspecto parecido... hasta los pobres “fosses” de los fiacres ostentan, unidas, las banderas del país del Terror y de la Comuna, y la del país de los sínodos y de los czares. Todo está aquí por Rusia y á la rusa.

Frente al Círculo Militar,—esquina del boule-

vard y de la rue Royale,—donde han alojado á los marinos de graduación alta, el almirante Avellane á la cabeza, la inmensa mole de gente que venía aclamándolos desde el paradero y que cabía apenas en la ancha Plaza de la Opera, en las desembocaduras de la Avenida del mismo nombre, de la calle de la Paz y del Cuatro de Septiembre, del boulevard de los Italianos y del de Capuchinos, cuando el almirante, rodeado de algunos oficiales se asomó á los balcones del edificio y desde ellos saludó quitándose su sombrero montado y deslumbrante de galones, esa mole, esa multitud inmensa, apiñada, imponente, vibrante, en que abundaban las señoras, y los niños,—hasta crios,—no escaseaban, esa multitud se descubrió á su vez, agitó sus sombreros por los aires, cargó á sus hijos, en alto, y, sin acuerdo previo, sin música, principiando muy piano, muy unísonos, subiendo luego la voz, la intención de los versos épicos y alados, cantó “La Marsellesa,” ¡oh! una “Marsellesa” como nunca oí antes, como de fiyo nunca oiré después, los rostros vueltos allá, al Rhin, las manos tendidas á los rusos que no podían más, los ojos preñados de lágrimas que resbalaban por los rostros varoniles, que se perdían en las barbas reclas, en las barbas rubias de esos hombrazos del Norte, en las del almirante, que, en un raptó de emoción y no pudiendo echarse él entre aquellas manos que pedían reivindicación de pedazos de patria, les echó el sombrero montado, el deslumbrante de galones que ahora brillaban al sol, como promesas, y que en su rápido descenso, su instantánea parábola, simuló la caída de una ave portentosa, de oro y de ensueño....

Algo debe haberseme lastimado dentro del pecho, porque el corazón me lo advirtió y mis ojos lloraron... mis ojos, que si es cierto que mucho “tienen” que admirar en Francia, nada “debieran tener” que ver con ella, ni con sus penas hondas, ni con sus desgracias grandes...

Una coincidencia: En el preciso momento en que los marinos se apeaban de los trenes en el paradero, el mariscal de Mac-Mahon rendía el alma en su casa de campo, es decir, moría el duque de Magenta, uno de los creadores de la Italia contemporánea y el vencedor de esos mismos rusos, en Malakoff.

Por la noche, una encantadora novedad para mí: todo el teatro de la Opera iluminado con luces de gas en su exterior, hasta en sus techos y cúpulas. Hay función de gran gala, y no pude, por ningún dinero, procurarme asiento ni en la galería.

Voyme á Folies-Bergère.

18 de octubre—El entusiasmo de París por sus visitantes, aún sube de punto; parece que en la atmósfera misma respiráranse aires de festivales perennes, de patrias completas y felices...

En la Opera, á escuchar "**Salammbó.**"

Mise-en-scène extraordinaria; la música, aunque de maestro francés, marcadamente wagneriana; el libro, como todo libro dramatizado, con mutilaciones y jibas. Si Flaubert viviera ¿aprobaría la dramatización de su novela?

19 de octubre—Esta noche se llevó á cabo una anunciada y gigantesca **rétraite aux flambeaux**. Miranse los boulevards tan adornados, con tal derroche de iluminación, que se queda uno atónito, suspenso, preguntándose si será aquello cierto... Imposible el presenciaria; calculan, los que de estos

cálculos saben, que entre "actores" y espectadores, en el largo trayecto que recorrió triunfalmente, aclamada y aplaudida, del Hotel de Ville á la Plaza de la Concordia, no hubo menos de 400,000 personas...

Como es jueves, y Goncourt ha de haber anunciado á Daudet mi deseo de visitarlo, á las 9 renuncié á la fiesta, me empaqueté en un coche y á un buen trote, fuí á dar á la vivienda de Daudet, del otro lado del Sena, hasta la rue Bellechasse.

Queda su habitación en las alturas máximas, en el cuarto piso, y no hay ascensor. Recíbeme un criado de frac y corbata blanca, y me entra en el vestíbulo:

—¿A qui dois-je annoncer?...

Con la certidumbre de que seré bien acogido, alargo mi tarjeta, imperialmente...

Mientras el fámulo no regresó, yo examiné el recibidor iluminado con algo de melancolía por gran farola medieval de hierro y cristales ensombrecidos. En aquella penumbra, no de mal tono, observé la alfombra, detallé los tapices orientales, un canapé anchísimo, con cojines, dos arcones muy viejos, sobre pies "de estilo," los cuadros de los muros... Más familiarizado con la media obscuridad, advertí, encima de una mesa, sombreros femeninos, abrigos de hombre... Oí, en el comedor, ruido de charla múltiple.

Resueltamente, estos grandes novelistas viven y se tratan como príncipes, ¡qué instalaciones, cóncholis! ¡Qué diferencia con nosotros los artistas, y no artistas, **des pays chauds!**... En cuanto algún dinero se apaña, ó se hereda, ó se consigue Dios sabe cómo, vengan alhajas, coches, caballos, **vanitas!**... Zola, Goncourt y Daudet, pongó por caso,—que entre los tres reunirán desahogadamente unos diez millones de francos,—carecen de carrua-

jes, etc., pero en cambio poseen palacios en la ciudad y en el campo, y cada palacio, por el mobiliario, preciosidades y refinamientos, revela la civilización exquisita de su dueño.

Regresó el criado y me desahució:

—Que perdone usted si no lo recibe esta noche, pero tiene muchas visitas; que venga usted mañana, en la mañana. . .

Nada contesto. . . A pesar de que no hay motivo, lastímame el comportamiento del autor de "Sapho," casi le guardo rencor. . . ¿Cómo volver mañana, en la mañana, si "mañana, en la mañana," parto á Saint Nazaire, á tomar el barco que ha de llevarme á Veracruz?

Regreso á pie, y atravieso la Plaza de la Concordia, que se arde de luz, por la que vagan todavía ecos y calor de la permanencia en ella de la *rétraite aux flambeaux*. Un detalle: en las fuentes, las banderas rusa y francesa muestran los colores que les son propios, con gas hidrógeno.

La Plaza está relativamente desierta, en ella despidome de París, una despedida muda y tierna. . . . Por más que nada lo justifique, abrigo la certeza de que he de volver á verlo, alguna vez. . .

Parto contristado: Gounod se me murió el día 18, y á la Judie la dejó cantando en "El Dorado," ¡un café-concierto! En ellos principió su carrera y en ellos va á terminarla.

Sic transit gloria. . .

S A I N T - N A Z A I R E Y N A N T E S

20 de octubre—Después de una caminata en tren, de casi diez horas, arribo esta noche á Saint Nazaire.

Acomodación imperfecta en la hospedería principal de este puertecito bretón y muy cercano pariente de El Paso, en Texas. El Ministro Sánchez Azcona, en condiciones pésimas; mañana será el embarque, y la partida.

21 de octubre—Viaje pospuesto, por todo un mes, á causa de la gravedad con que amaneció Sánchez Azcona. . . .

En unión de don Platón Roa, cónsul de México en estos andurriales, antiguo primer Secretario de la legación en Centro-América y excelente amigo nuestro, voy á que nos cambien los pasajes; luego, con murria negra yo, tomamos el tren de Nantes, á donde llegamos en breve. Sánchez Azcona y su esposa, instálanse en la casa de la familia de Roa, y yo doy con mis huesos,—y los de mi perro "Gauchó,"—en el "Hotel de Francia."

No hay que pensar en viajes hasta el 21 del próximo noviembre. . .

22 de octubre—A mostrarme algo de la ciudad, me saca Roa esta tarde.

Es domingo, y calles y plazas están llenas de gente que pasea. . .

Entramos en la Catedral, gótico edificio sin con-

cluir, que de viejo viénesse abajo en su parte concluida,—que es lo más. Increíble lo que los siglos arruinan á la misma piedra; veo trozos, materialmente roídos por los años. Hay dentro del templo, afluencia de fieles; estos bretones siempre fueron fanáticos, y monarquistas, como sus vecinos los "chouans" de la Vendée. Sobre tantísima gente arrodillada, domina una nota dulce: la de los gorrros blancos de las bretonas, semi desvanecidos en la luz melancólica, que, al través de los largos ventanales con vidrios de colores y en forma de ojiva, se difunde por las naves del templo... Varios canónigos, de sobrepelliz, ganguean rezos, desde sus sitaliaes del coro bajo...

ALFONSO
571

Los tumbas curiosas, monumentales, de mármol; á la derecha, la de Francisco II, postrer duque de Bretaña, dentro de ella sepultado con sus dos cónyuges sucesivas, una de las cuales fué Ana de Bretaña, apellidada célebre ¿célebre por qué?... Á la izquierda de la nave central, la tumba del General Lamoricière, cuyo apellido no me es extraño. ¿Lamoricière, Lamoricière?... y apenas si rememoro su destierro en 1852, su comando en jefe de las tropas pontificales..... Está visto que ignoro la historia de Bretaña, la historia antigua y la moderna.

Al lado de la Catedral, agoniza el antiguo obispado, mucho más caduco aún que el templo, á él afianzado con grandes estribos de madera que le impiden acabar de desmoronarse.... Nadie habítalo, todo él vése negro, dislocado, venerable.

Hasta el Jardín de Plantas llegamos, luego de cruzar por sendos puentes, La Loire, que atraviesa toda la ciudad, y sus dos afluentes, L'Erdre y La Sèvre, que también por entre sus calles se cuelean.

De regreso, costeamos el Castillo de Nantes; otra ancianidad de piedra, convertida hoy en prosaico cuartel de infantería; sin agua su anchísimo foso, sin funcionar su puente levadizo.

La primera impresión de toda la ciudad no es favorable, resulta fea, de calles estrechas, pestilentes, tortuosas: Diríase que es una enferma vieja que sólo aguarda la hora de su muerte, después de haberse puesto bien con el cura y el notario.

29 de octubre—Una espantosa semana la que he pasado!... Sin ningún aliciente en esta ciudad viejísima; sin nadie con quien cambiar ideas; sin nada que distraiga mi espíritu, excepción hecha de las "Memorias" de Tolstoi, que leo á ratos.

Nantes, parece odiosa, sucia, triste.... Algunas noches he salido á caminar con Roa, nos hemos aventurado por sus calles más tuertas, más sombrías... el principal adorno de éstas, fórmanlo montones de basura, que los vecinos amontonan en el empedrado, frente á sus puertas... Que vengán á hablar de nuestro pobre América!...

Hoy, archivo otro colmo: los domingos, aquí, las boticas ciérranse á las 11 de la mañana, y así puede usted agonizar, no obtendrá el medicamento más sencillo en parte ninguna... ¡Bendita civilización la de estos países cultos!

Comienza Sánchez Azcona á mejorar de nueva cuenta; el doctor, por primera vez, nos da esperanzas.

30 de octubre—Cuando en el hotel me presentan hoy la cuenta de mi semana, advierto que me roban, y protesto; por dos medias bujías esteáricas, cobranme 4 francos y 50 céntimos!!!

Descaradamente, la dueña me declara, que, supuesto que no como en el hotel, con algo había de resarcirse:

—Ja l'ai fait pour me rattrapper...

Múdome á un cuartucho de un mal encarado "hotel-garni."

31 de octubre—Levantado desde muy de mañana y no de halagüeña sombra, empeórame ésta el que me exijan en el despacho mi nombre, residencia, profesión, edad. Titubeo en declararme zapatero, albañil; pues no es decoroso declararse "cesante," vago, vale decir. Al fin escribo en el mugriento registro, lo que soy, lo que he sido, lo que seré siempre, Deo volente:

—"Homme de lettres"...—profesión de la que gusto más, á pesar de los pesares, que de la de secretario, ministro y aun embajador.

Échome á la calle seguido de este "Gaucho" inteligentísimo, que no cesa de mirarme con lástima, desde que al retortero lo traigo en ferrocarriles, vapores, hoteles, etc., etc.

Con él llego al Jardín de Plantas,—hasta hoy el único sitio de mi gusto que he hallado en Nantes.—É instalándome en uno de sus bancos solitarios, frente al lago de los cisnes, sumérjome en quieto bienestar, mientras "Gaucho" ladra y corretea contentísimo, por las alamedas.

1.º de noviembre—Esta mañana, temprano, regresé al Jardín de Plantas, con "Gaucho," y ya más habituado á esta ciudad, ríndole una justicia: abunda Nantes en rincones, callejas y detalles bellísimos, del más puro arcaísmo, de los siglos XII y XIII, XV y XVIII; estilos puros, desconocidos para mis ojos de americano curioso. Si fuera yo pintor, aquí pasaríame un verano tomando notas, acumulando impresiones, y tornaríame á mi taller con un pequeño tesoro...

Por ser hoy Todos Santos, hay alguna gente en

el Jardín; de ahí que lo abandone antes de lo que me había propuesto....

2 de noviembre—Día de Muertos que me paso clausurado en mi fementido "hotel-garni," absorto en la lectura del ADOLFO de Benjamín Constant. Y aunque comprendo que al libro aféanlo defectos fundamentales, que entre sus páginas anda muy acentuada la influencia de WERTHER y de RENE, léolo con deleite, con avidez casi....

... ¡Qué no daría yo por poder trabajar mi nueva novela en algún gabinete que fuera mío de veras, como el que tuve en Buenos Aires!... Pienso en que si por desgracia quedara yo mucho tiempo sin empleo, la lucha por la vida obligaríame á mancar mi pobre obra literaria, para siempre tal vez... y algo íntimo se opone y protesta... Formulo un voto, solemne: suceda lo que quiera y mientras de mí dependa, nunca abandonaré las letras, aunque tenga que volver á las galeras del periodismo.

3 de noviembre—Muy de mañana, al salir apresurado para dar alcance al tren de Saint-Nazaire, detúvome el camarero de mi cubil y me informó de que, según una reciente disposición oficial, obligado estoy de ir á declarar, como cualquier extranjero, mis intenciones (!) al "Bureau de la Guerre," y allí mostrar mi pasaporte....

(Nota bene: Esta Francia es la misma de la Revolución famosa y la que luce en su escudo las palabras: "Libertad — Igualdad — Fraternidad," ¡Conste!)

—¿Me habrán visto cara de anárquico las autoridades de Nantes?—me pregunto á mí mismo.

Desde las 11 de la mañana, hallámonos en Saint

Nazaire; vine á elegir los camarotes que habremos de habitar á bordo de "La Navarre," el nuevo trasatlántico que, Dios mediante, ha de depositarnos en la tierra.

Cuando al muelle llegábamos Roa y yo, "La Navarre" comenzaba á alejarse; mas gracias al remolcador que nos proporcionaron y en el que salimos tras el monstruo, le dimos alcance en la rada exterior, detuvo sus andares, nos tendió una escala y nos recibió en su seno.

Lindísimo barco, de lo mejor en su género hoy por hoy; comedor, fumadero y cabinas de lujo, son de veras espléndidos... El comandante,—que colma de atenciones á Roa,—es el conde de Kersabiec, de la primera nobleza de Bretaña y antiguo teniente de navío de la Armada francesa; parece amable y distinguido, allá veremos.

El ingeniero constructor, está orgulosísimo de su obra, en su contemplación recreáse y nos la muestra con ademanes paternales; creo que hasta la acaricia, á hurtadillas, en los sitios aun no concluidos....

Vamos, pues, á navegar en buque virgen, acabado de construir; estrenaremos muebles, ropas, vajillas... ¡Mejor, menos riesgos de contagios!

4 de noviembre—En busca del mentado "Bureau de la Guerre," voy, bondadosamente acompañado de Roa, al Estado Mayor del 11.º Cuerpo de Ejército, un espacio inmueble ubicado en la caduca Plaza de Luis XVI.

El capitán, que hemos mandado llamar por conducto de la guardia, asegúranos que no es allí adonde debemos dirigirnos, sino al Castillo.

Al Castillo encaminámonos, y el vetusto aspecto del anciano de piedra, me hace relegar á segundo término el primordial objeto de nuestra visita....

Con recogimiento verdadero, cruzo el puente le-

vadizo, entre otras causas, porque es éste el primer puente de esa clase que me ha sido dado cruzar.

¡Qué patio interesante el que al entrar se divisa! ... Hay, sobre todo, un pozo, que casi diúpulo por superior en belleza artística al celebrado, y con sobrada razón, del museo de Cluny, en París; éste es medieval completamente, de piedra y hierro, ennegrecida aquella, desgastada, eterna; tomado de orín éste, gótico, hecho un encaje del que arrancan á modo de brazos de horca, hasta cuatro poleas giratorias....

A sus espaldas, levántase una fachada Renacimiento de cuatro ó cinco pisos; y á su frente, surge un cuartel moderno, modernísimo, de ladrillo rojo, con sus ventanas, sus series de ventanas, en despiadada y prosalca simetría....

Por el patio inmenso, abundan los carros de municiones, hay algunas piezas de artillería, escasos árboles con poquísimas hojas ya, á causa del invierno que se aproxima, y un gato negro enroscado sobre una cureña sin cañón, inmóvil, cual si formara parte insensible de la incompleta máquina de guerra... Aquí y allí, grupos de soldados; invisible, una corneta toca algo; esfumándolo todo, dulcísima luz crepuscular, luz de estas últimas tardes de otoño europeo....

En una oficina medio oscura y medio desierta, situada en el rez—de—chaussé, nos recibieron un sargento que fumaba un cigarrillo, un soldado que comía su "rancho" y un civil que acompañaba á entrambos.... No era allí tampoco!.... adonde tenemos que presentarnos es en la Mairie....

Yo no renuncio á la coyuntura de visitar el Castillo, supuesto que me lo permiten, y como Roa, porque ya lo conoce, se marcha y me deja, acompañado de Mme. la Concierge, recorrí el edificio.

Asoma al patio una ventana ¡sólo una! del más puro siglo XIII, que, es fama, dió luz á las nup-

ALFONSO
SINA

cias de Luis XII con cierta duquesa de Bretaña. Junto á la ventana, la estancia en que estuvo prisionera la duquesa de Berri, y que es hoy una oficina militar. Luego, la capilla de la fortaleza, restaurada, pues la primitiva voló con un polvorín en tiempo de Napoleón I. Y á cada paso, primores de arquitectura; rincones en ruinas; yerba raquítica y friolenta, que por los muros de la estantigua, trepa y crece; lo moderno y lo antiguo: al lado de un fragmento de piedra afiligranada, una pieza de artillería flamante... por entre las ruedas de la cureña de una de éstas, un gallo arrea con sus esposas, rumbo al amor y al sueño, contándoles qué sé yo qué cosas en roncós cacareos, que las otras escuchan más que con los oídos, con sus ojillos de ágata y ópalo, clavados en su sultán apasionado y valeroso...

A unos cuantos metros del suelo, el viejo "Camino de Ronda", truncado á trechos... Sobre las puertas principales del Castillo, dos escaleras que por separado conducen á la sala en que se firmó el Edicto de Nantes!... Y en esa misma sala, en este año de gracia, se lee:

—"Artillerie—Salle d'Armes"....

Precedido siempre por la conserje,—que me ha resultado denodada y amable,—échome á pechos, ó á piernas, mejor dicho, las 170 gradas de la retorcida escalera de la torre—el *donjeon*,—hasta no parar en la cámara donde preso vivió el Cardenal de Retz: habitación enjalbegada, de bóveda, con dos ventanas asimétricas y una gigantesca chimenea, de piedra, de las de los tiempos idos, y, en su hogar enorme, con cenizas aún... sí, cenizas, pero, según la conserje me explica, provenientes de los últimos ocupantes: junos "maestros" zapateros del regimiento de caballería!...

... diez peldaños más,—ya jadeamos la conserje y yo,—y toda Nantes se muestra á mi vista... Sin número de edificios, como aventados de un gol-

pé por la mano de algún titán mohino... desde esa altura, apenas si se advierte lo angosto de las calles.....

Casi es anochecido... las luces de gas, surgen por doquiera... espesa neblina ha caído encima de la ciudad, neblina color de plomo, igual á succio gorro de dormir... Por diversos puntos, el río, con sus reflejos turbios de agua impura, de agua que hasta el cólera ha acarreado en más de una ocasión, taladra la masa que se desvanece en lo obscuro....

El descenso lo efectuamos en tinieblas. Gratifiqué á la conserje con alguna liberalidad, á la puerta de su "*domus*," del que salían emanaciones de una exquisita *soupe aux choux*, la *soupe aux choux* de las porteras francesas, que no se come igual en parte ninguna, ni en Bignon....

Una ironía más, la impresión última del Castillo: en la antigua Sala de Castigos, de bóveda plana, como y rien los soldados adinerados, es la *cantine* de la guarnición; y la vi llena de lámparas de petróleo, de humo, de militares, de cantineras que esquivaban el busto con chillidos y risas, de las caricias confianzudas de su parroquia.....

7 de noviembre —En el Museo de Bellas Artes.

Varios cuadros de mérito; firmas serias, firmas grandes: Rubens, El Tintoreto, El Españoleto, Andrea del Sarto....

Diversas cabecitas encantadoras, de Delaroche; un cuadro de Gérôme que me enamora: una barea, sobre el Bósforo, con un cautivo á su bordo, un tañedor de guzla, dos remeros negros y el patrón empuñando la barra; á lo lejos, la ciudad, y el ambiente todo bañado por esa incomparable luz de Oriente, que tan bien supo sentir Gérôme.

Estoy pasando por algunos días de aburrimiento inconmensurable, en ociosidad embrutecedora, sin

otra distracción que echarme á contar los minutos que me faltan para dar término á este regreso dilatado y penosísimo.

12 de noviembre—Aparte la atmósfera de estulticia propia á las ciudades provincianas de Francia,—tan admirablemente mencionada y censurada por los hermanos Goncourt en su "Journal,"—Nantes ofrece otra particularidad: una falta de temperancia absoluta. Por dondequiera, miranse ebrios de los dos sexos, de la clase baja, que en grupos, en parejas, solitarios recorren la ciudad entonando cantos destemplados, deteniéndose á disputar entre sí, ó á orinar en las aceras, contra las paredes de los edificios. . . . Y nadie se sorprende, la fuerza de la costumbre impera. . . .

21 de noviembre—(A bordo de "La Navarre", de la Cía. General Transatlántica) Al fin nos embarcamos hoy al medio día, y á la 1 de la tarde emprendemos la marcha, el Ministro en condiciones pésimas, en una delicadeza extraordinaria.

No obstante sus bellezas de relumbrón,—como todos los "paquetes" modernos, que descuellan por su lujo *criard* y acanallado, propio para deslumbrar salvajes, léase, nosotros, los americanos,—"La Navarre" abunda en imperfecciones y lunares, cual todo lo nuevo. A cada minuto, adviértese que algo no funciona bien, que hay mucho que enmendar, ó que reponer; mi camarote, por culpa de no sé qué cañería ó qué bomba torpe, se me inunda de pronto, la sombrerera y los bultos de mano flotan, se golpean, zozobran. . . . dormiré en la humedad. . . . El servicio, atroz; nos dicen que mejorará en cuanto se acostumbre á lidiar con tanto pasajero. . . . El cocinero. . . . no parece francés!

22 de noviembre—(Santander) ¡Con cuánta emoción desembarqué en el puerto montañés! Sobre que, después de haberlo deseado tantísimo, es ésta la primera tierra española que piso en mi vida.

Y lo que es la suerte de cada quien, tócame conocer Santander en mal momento, á raíz de la tremenda catástrofe del "Cabo Machichaco" volado por la dinamita; catástrofe que desfiguró el puerto siniestramente, que le restó centenares de hijos.

Al cruzar la bahía, muéstranme lo que sobrenada de la arboladura del buque-homicida, y allá, al fondo, las ruinas de los edificios que humean todavía.

Interrogo al consignatario de la Trasatlántica, que viene con nosotros los curiosos en el remolcador de la agencia, acerca de lo que esencialmente me interesa, acerca de las dos glorias hispanas que habitan este puerto: José María de Pereda y Benito Pérez Galdós.

—Pereda,—díceme el agente,—atravesaba por un trance amargo: un hijo suyo, de 25 años de edad, sin que nadie hasta hoy sepa la causa á ciencia cierta, se suicidó hace unos cuantos días. . . .

—Pérez Galdós,—sigue mi informante, luego de elocuente silencio,—se ha marchado á los Madriles, á organizar una fiesta en favor de las víctimas del "Machichaco". . . . Pero vea usted su casa (*apuntando por encima de nuestras cabezas, vueltas hacia donde la mano señala,*) su "hoteli-to," como él lo denomina, acabado de parar hará dos años. . . .

En efecto, sobre la orilla frontera de la ciudad, en pequeña eminencia, divisase una casa de estilo moderno,—¡qué pecado!—ganada libro á libro por el ilustre novelista canario.

Recorro lo más que puedo de la ciudad; entro en un café; interrogo transeuntes, y, encantado de al fin de posar mi planta en tierra española, piso

fuerte, deténgome en las esquinas, en las plazas, para verme y para que me vean ¡en España!.....

Añicos vuélvese mi júbilo no bien regresé á bordo..... Invádenos gente ordinaria en su gran mayoría; invasión de "boinas" y de "alpargatas", de españoles analfabetas enriquecidos en nuestra América, que aún se creen sus conquistadores y dueños, que nos miran por encima del hombro, que apestan la limpidez oceánica con el humo de sus cigarros, con el eco brutal de sus "co...rchos" y "p...cinetas".....

23 de noviembre—(La Coruña) Dentro de la bahía, sin poder saltar á tierra, por la brisa...

A la tarde, aprovechando instantes de calma, nos lanzamos á la ciudad, en un bote expertamente manejado de timón y remos.

Nota que nos mueve á reír, aunque pudo movernos á llorar: maniobrando en las aguas inquietas, cual si de tierra hubiese sacado honda "juma" alcohólica, un barquichuelo de vapor dibuja equis y dibuja abecedarios, se acuesta de un lado, se acuesta del otro....

—¿Qué es eso?...—preguntamos á nuestros bogas gallegos.

—¿Eso?... pus, ya lo ven ustedes... un señorito que mejor debiera haberse quedado en casa... ¿verdá, tú?....

Y luego de reír nuestros hombres de mar, nos pormenorizan, en serio, quién es el del vaporcito: un indiano, (es decir, un español enriquecido en "Indias"—América Española—que ha tornado á la tierra á esperar la muerte disfrutando de su riqueza ultramarina,) de profesión farmacéutico, que se pasa la vida en la bahía, aprendiendo á manejar su lancha, muy recientemente adquirida.

En éstas, nosotros siempre mirando al aprendiz de nauta, el vaporcito endereza su proa contra el

costado de un imponente "carbonero" de Cardiff, y va y se estrella en la escala suspendida á uno de los grandes flancos metálicos, inhospitalarios, negros.... Cálmase pronto nuestra ansiedad... ya recogieron, maltrecho y sin su gorra blanca, al piloto fabricante de píldoras... ya lo suben al "carbonero," que se lo engulle por su portalón, como á una mosca... ya desenredan el barco de juguete del barco de océano... Y se ve el barquichuelo, lamentable, aboyada la proa, oscilante, tembloroso casi, cual si le doliera el golpe, cual si fuera á llorar, de dolor y de vergüenza...

Continuó, á bordo de "La Navarre," la invasión de ayer; en la tercera clase, hay más de 800 inmigrantes españoles para Cuba y México.

25 de noviembre—(A bordo) Presencio desde lo alto un espantoso drama que se representa en el entrepuente; argumento, el hambre; actores, varios inmigrantes; comparsas, mujeres y chiquillos mareados, tumbados al sol, luciendo su porquería, su miseria... Acaban de distribuirles su alimento, colocando encima de las duelas del piso, á la intemperie, el ventrudo caldero colmado de frijoles ó "judías," sobre el que estas gentes se tiran como bestias hambrientas y feroces. Pero hoy, varios individuos, por Dios sabe qué causa, han asido el caldero, y por arrebatárselo los unos á los otros, vierten su contenido y entablan horrible lucha á puñadas, á coces, á mordiscos... contemplándolos, mudos de espanto ó de indiferencia, las mujeres y los chiquillos... el escenario: alta mar!... los cielos y las aguas tolerando impasibles esa lucha de gusanos ponzoñosos que nada significanles...

No pude reprimirme, y antes de que los de á bordo fueran á apaciguarlos, á ponerlos con cadenas